

Como bien se expone en el artículo, “la innovación en la educación resulta primordial para nuestra sociedad, lo cual conlleva una importancia extrema en la metodología a aplicar” (Aguilera-Ruiz et al., 2017). Esta realidad hace aún más innegable el hecho de que la educación necesita un cambio inminente. Ahora bien, ¿a qué se refieren al hablar de metodologías? Y, aún más importante, ¿cómo saber cuál es la que se debe aplicar para asegurar que dicho cambio sea un éxito?

Tras haber leído, analizado y estudiado la *Unidad Didáctica 2: Tendencias metodológicas innovadoras*, me atrevería a definir el término “metodología” como el conjunto de técnicas o estrategias que se aplican en un ámbito específico durante un tiempo también específico —en este caso hace referencia a un mínimo de un curso escolar o académico—. Y, como bien se ha visto, en la actualidad existen no una sino doce metodologías educativas nuevas. Al no disponer de espacio suficiente para exponer y desglosar cada una de ellas, este trabajo se va a centrar única y exclusivamente en una metodología: el *flipped classroom*.

Como bien su nombre indica, *flipped classroom* hace referencia al hecho de invertir (*flip*) una clase (*classroom*) y, con ello, invertir también los roles y atribuciones que se le dan a los integrantes/participantes. Es decir, el profesor dejará de ser el centro, el rol activo, para pasar a ser un miembro pasivo cuya función será servir como guía para sus estudiantes, y, por el contrario, el estudiantado por primera vez adoptará una postura activa y será el protagonista de su propio aprendizaje.

Si nos centramos en sus beneficios uno de los más destacables, tras haber contemplado los resultados obtenidos en diversos campos de aplicación, es su efectividad. Otro beneficio muy destacable es el uso de tecnologías como el vídeo —ejemplificada en el artículo—, pues no solo sirve de herramienta de ayuda para aquellos alumnos con “diversidad funcional” (Aguilera-Ruiz et al., 2017), sino que también tiene una gran adaptabilidad para aquellos alumnos más capaces ofreciéndoles “la posibilidad de enseñar al alumnado a sus ritmos individuales” (Aguilera-Ruiz et al., 2017). Esto ayuda indudablemente a adquirir un “aprendizaje más profundo de las competencias” (Aguilera-Ruiz et al., 2017) y a promover un aprendizaje autónomo, pues cada alumno aprende a su ritmo y atendiendo a sus capacidades y, por primera vez en la historia, “el individuo se convierte en el protagonista de su aprendizaje” (Aguilera-Ruiz et al., 2017).

No obstante, no todo es tan fácil ni bonito, pues siempre hay dos caras en una moneda. En primer lugar, y contraponiéndome así a algunos de los beneficios citados con anterioridad, el uso de tecnologías requiere, como bien se muestra en el artículo, de “una necesidad de contar con instalaciones adecuadas y equipo especializado” (Aguilera-Ruiz et al., 2017), instalaciones que desafortunadamente no siempre están disponibles en todos los centros educativos.

En segundo lugar, esta metodología debe contar con el apoyo de padres y alumnos. Por desgracia, no siempre sucede así, pues, como bien se cita en el texto “el alumnado puede optar por

preferir el método tradicional, negándose así a abandonar su zona de confort” (Aguilera-Ruiz et al., 2017) y “uno de los inconvenientes fue el desinterés de los padres por la iniciativa” (Aguilera-Ruiz et al., 2017). Y, ciertamente, ya no solo es contar con el apoyo, sino también contar con el compromiso estudiantil. Compromiso que, nuevamente, es incierto en la realidad.

Otro inconveniente es que el equipo docente debe contar no solo con habilidades comunicativas efectivas sino también con las habilidades informáticas pertinentes. Hecho que, de nuevo, se aleja bastante de la realidad de los centros. Aunque a raíz de la pandemia alumnos y profesores se han tenido que adaptar a nuevas maneras de dar clase (*online teaching*), no se han podido transmitir todos los conocimientos porque los docentes no tienen una capacidad informática lo suficientemente desarrollada para hacerlo. Esto afecta de manera directa a un pilar fundamental en el que se asienta este método, el *intentional content*<sup>1</sup>, pues el profesorado no sabe y no puede ayudar al alumnado a desarrollar la comprensión conceptual.

En conclusión, y tras sopesar los aspectos positivos y los negativos, personalmente considero que el *flipped classroom* es una gran metodología con mucho potencial. No obstante, creo que hoy en día es aún inviable, pues la sociedad no está preparada para tal cambio, no solo a nivel personal sino también a nivel de infraestructura. Además, creo que para que dicho método fuese del todo efectivo, primeramente, se debería proporcionar una formación continua a los docentes para que fueran capaces de entender, adaptarse y mejorar en el ámbito de las TICs y así poder convertirse en los educadores profesionales (Flipped Learning Network, 2014; citado en Sánchez-Rodríguez, Ruiz-Palmero y Sánchez-Vega, 2017, pp. 345-346, en UII, p.20, 2021).

## REFERENCIAS

Aguilera-Ruiz, C., Manzano-León, A., Martínez-Moreno, I. Lozano-Segura, M<sup>a</sup> C. Y Casiano, C. (2017). El método flipped classroom. *Revista INFAD de Psicología, International Journal of Developmental and Educational Psychology*, 4(1), 261-266. <https://doi.org/10.17060/ijodaep.2017.n1.v4.1055>.

Sánchez-Rodríguez, J., Ruiz-Palmero, J. y Sánchez-Vega, E. (2017). Flipped classroom. Claves para su puesta en práctica. *Revista de Educación Mediática y TIC, Edmetic*, 6(2), 336-358. <https://doi.org/10.21071/edmetic.v6i2.5832>

Universidad Isabel I. (2021). Flipped Classroom. En *Unidad Didáctica 2: Tendencias metodológicas innovadoras* (p. 20). [Material no publicado].

---

1 Habiendo otros tres pilares que son: entorno flexible, cultura de aprendizaje y educadores profesionales (Flipped Learning Network, 2014; citado en Sánchez-Rodríguez, Ruiz-Palmero y Sánchez-Vega, 2017, pp. 345-346, en Universidad Isabel I [UII] p.20, 2021)